

autografía



Miénteme deprisa

Una noche, unas copas, unas mentiras y un desastre



Vicky B Baena

Capítulo 1

Qué mal y qué horror. Qué depresión. Me encuentro fatal: tengo un dolor de cabeza inmenso y mi aliento es indescriptible. Mi pijama es un vestido negro con unas medias llenas de carreras. Necesito hacer algo ya. No puedo salir así de casa y eso que hoy es Nochebuena. Son las doce del mediodía y ya odio el día de hoy. Hay que decir que lo suelo odiar, pero mi estado actual lo empeora; no quiero imaginarme mi reacción ante los típicos comentarios que se hacen en estas fechas. Esta vez no los podré soportar como otros años. Ni las típicas conversaciones navideñas. Esta vez no las podré soportar. Necesito darme una ducha, limpiarme los ojos panda y arreglarme un poco el pelo, pero mi malestar no tiene solución.

En cuanto me dirijo a la ducha para arreglar lo que he estropeado en poco más de doce horas me doy cuenta de la pena que da mi piso. Es pequeño, cosa que ya sabía, pero está súper desordenado. Espero que nadie lo viera así. Un momento, ¿cómo llegué a casa? Bueno, no, ¿cuándo llegué a casa? Mejor dicho: ¿cómo y cuando llegué a casa? Estas cenas son lo peor. Toda la noche fingiendo para que después alguna imbécil se

entere de la verdad... Mierda. No recuerdo mucho cómo acabó todo, ni tan siquiera dónde ni con quién; espero que no hiciera ninguna locura... Bueno, despertarme me he despertado sola... ¡Eso ya es algo!

Después de mi gran ducha me toca arreglarlo todo. ¿Empiezo por mí o por mi precioso piso de 47 m²? Mejor por mí, que a priori parece más fácil. Dios mío, ni pasándome jabón por los ojos provocando un ataque de ceguera temporal se han ido las marcas de oso panda... El desmaquillante de ojos se ha terminado, perfecto. Bueno, da igual, si me pinto encima parecerá como si estuviera hecho expresamente; parecerá lo que en las revistas llaman *smoky eyes*, cosa imposible de hacer. No entiendo cómo puede parecer tan fácil y lo incapaz que soy yo de hacerlo sin dejarme la cara como un muerto viviente. El pelo es otro punto. Después de hacerme un recogido para la cena de ayer, he acabado con el pelo liado en lo que parece ser una trenza y ni poniéndome litros de crema suavizante consigo devolverle su textura natural, o sea, un medio liso medio ondulado color castaño con alguna que otra punta abierta. Odio ir a la peluquería, es lo que pasa. Me desespero viendo cómo las peluqueras secan una y otra vez el pelo de la gente, ¡ya está seco, por dios! Y cuando me toca a mí estoy más que harta y respondo con un “Corta lo que veas tú”, craso error porque entonces se animan y te cortan tanto que pareces un skin. Volviendo al estado actual de mi pelo, creo sinceramente que debería tomar una decisión porque no hay mañana que no tenga nudos como puños y opto por hacerme un recogido semipeinado que le queda bien a la gente mínimamente joven,

pero que cuando cruzas la frontera de los cuarenta y cinco, parece despeinado y horrible. Mi madre dice siempre eso. Ella no tiene problemas: lleva el pelo como el 94% de las madres, es decir, corto.

Enfundada en mi albornoz rosa, empiezo a ordenarlo todo. No es fácil porque lo ordenable no solo pertenece a la noche de ayer, en plenos episodios dubitativos sobre ropa, complementos y accesorios, sino que pertenece aproximadamente a las tres últimas semanas. He tenido mucho trabajo en la oficina. Bueno, no tanto... La verdad es que cuando llego de trabajar no me apetece nada ordenarlo todo, quiero sentarme en el sofá, ver lo que sea que estén dando por televisión y relajarme. Luego llega la hora de la cena y después a dormir. ¡No tengo tiempo de nada más! Primero recojo la ropa de ayer y ahora mismo me doy cuenta de que huele a vino. ¡Si a mí no me gusta el vino! Debería derramárseme encima ayer en la cena, imagino. Mi abrigo está en el suelo y lleno de pelusa, no es cosa mía, que conste, es que este suelo tiene mucho polvo, ¡yo ya no sé qué hacer! He pensado en comprar un robot de esos inteligentes que te lo limpian todo y se acuerdan de hasta por dónde han pasado... Son mucho más listos que yo. Lo haría si tuviera dinero, pero mi coche y el alquiler de este piso ruinoso se llevan el 80% de mi sueldo. Luego, súmame gasolina, algo de ropa y comer y llegas al 100%. El robot tendrá que esperar o pedírselo a los Reyes, pero mi madre dice que es una tontería y que ya me ayuda ella porque eso no lava a fondo. Palabras textuales. Eso no lo pienso consentir. Una vez le di las llaves de mi casa por alguna emergencia y un día, después del trabajo, me

la encontré recogíendome la basura porque decía que seguro que se me olvidaba y que luego la casa apestaría. Desde entonces, le dije que había cambiado el cerrojo porque había perdido las llaves (¡mentira!) y no le he dado ninguna copia. De vez en cuando me lo pregunta, pero siempre le digo lo mismo: “No me acuerdo nunca de hacerte una copia”. De momento, parece ser que se lo cree. Va muy liada con Pilates.

Recojo los restos del desayuno de ayer, pero reutilizo la taza porque, al fin y al cabo, voy a beber lo mismo y tengo que ahorrar y contaminar menos. Desayuno a las doce del mediodía y me propongo hacerlo de manera digna porque tengo la intención de no comer nada hasta la noche. Las cenas de Nochebuena son pesadas y una buena excusa para hacer una dieta depurativa si sabes que después te vas a atiborrar. Si no lo haces, estarás tan tensa que seguro que no te entra nada más. Mi hermana, la perfecta, se encarga de tensarme y ayudarme a no engordar demasiado durante las fiestas de Navidad. A ver qué pasa esta noche. No creo que sea ninguna excepción. Debe ir por su cuarta carrera y su novio americano, Brian, está investigando no sé qué enfermedad con pobrecitos ratones que ninguna culpa tienen. Es la perfecta de la familia y mi madre se encarga de repetirlo continuamente para que no se me olvide. En parte tiene razón, pero, ¿cuándo nos va a presentar a súper Brian? Deben llevar juntos mucho tiempo y aún no lo hemos conocido. Según Ana, está muy liado y la investigación avanza tanto que no puede parar ni en Navidad. No me lo creo. Seguro que es tan feo que no nos lo quiere enseñar. Trabaja en un laboratorio, por Dios; seguro que lleva gafas gordas, camisas de

cuadros y calcetines finitos beige... El típico científico. Pero, Ana no es la típica científica. Es alta, guapa, delgada y tiene estilo. La verdad es que no sé qué ha estudiado exactamente porque cuando habla, desconecto. No quiero hundirme, aunque no sé qué ocurre con su voz que, aunque no la quieras oír, la oyes y sus éxitos retumban en tu cabeza.

Limpiar el polvo es otra cosa que odio. Primero está el recoger las cosas, que es traumático porque te das cuenta de que lo que tienes no te cabe en los armarios y entonces lo pones en el lavaplatos porque ahí sí cabe. Acto seguido va el quitar el polvo. Es horrible. Lo quito todo y lo vuelvo a poner y el polvo sigue ahí; aunque disimulado. Queda lo peor, recoger la ropa del tendedero. Hace tanto frío que hace una semana que tengo la ropa tendida en el balcón y se ha quedado tiesa. Bueno, si lo piensas es mejor porque seguramente así no tendrás que plancharla, aunque pensándolo bien, ni que esté arrugada la plancho y lo bueno es que casi no se nota. Me pongo una chaqueta encima y jarreglado! Pongo otra lavadora, sobre todo para vaciar el saco que tengo desde hace casi una semana. Por fin, empiezo a hacer ejercicios de relajación para prepararme para esta noche. Mierda, suena el teléfono.

—Lucía, reina, ¿has salido ya? - dice mi madre con voz inocente total.

— Mama, si me llamas a casa ¿cómo voy a haber salido? - respondo con mi tono desesperado total.

—Ay, no sé. Acuérdate de que hoy vienen los tíos y hace tiempo que no los ves. Seguramente vendrán antes y así estamos más rato juntos- responde ella siguiendo con su tono inocente.

—Hace dos semanas que nos vimos y ¿quieres que este-
mos más rato? ¿De las nueve hasta la una te parece poco rato?
Mama, tengo trabajo de la oficina. Cada vez estamos más lia-
dos (¡mentira!) - respondo.

—Ay, bueno, vale hija. ¡Cómo te pones! Pues tu hermana ya
está aquí. Dice que tiene muchas ganas de verte.

Fantástico. Ella ha llegado, otro punto positivo. Bueno, si-
gue sin venir el famosísimo investigador Brian, eso me alegra.

— ¿Sabes qué? ¡Brian ha venido! Es un chico fantástico, ya
le conocerás-añade.

Mierda. ¿No estaba investigando el sistema inmunológico de
no sé qué? ¡Vaya científico! ¡Se va de su laboratorio importan-
tísimo para conocer a una señora como mi madre! No entiendo
cómo la medicina puede avanzar con gente tan poco formal.

— ¡Ah! ¡Qué bien! ¡Qué ganas tengo! - respondo con apatía
más que evidente pero que mi madre ignora porque por fin
ha conocido al americano que sale con su hija predilecta, cosa
que medio barrio sabe.

—Bueno, date prisa que Ana se muere de ganas de verte.

Cuelgo no sin antes pensar que mi hermana se muere, sí,
pero de ganas de restregarme lo idealmente fantástica que es
su vida comparada con la mía, mundana y llena de problemas
y decepciones. Es triste, pero mi madre no me pregunta por
Javi. Hasta ella sabe que no va a ninguna parte.

Después de desayunar empiezo a hacer un poco de memo-
ria sobre lo que pasó anoche. Anoche fue la cena de reunión
de antiguos alumnos de mi colegio. Hacía meses que andába-
mos planeándola y al final fuimos treinta, creo. Hacía tanto

tiempo que no nos habíamos visto que los primeros minutos fueron bastante violentos ya que nos costaba identificarnos: los feos seguían siendo feos y los guapos se habían vuelto normal y así resulta muy complicado identificar a la gente. Yo fui sola porque mis mejores amigas, Esther y Clara, otras dos ovejas negras de entonces, ya no lo son tanto y están triunfando en la vida: una viviendo en Liverpool y trabajando de algo que jamás comprenderé y Clara con una familia preciosísima y un marido que lo paga todo. Para no deprimirme me he tenido que buscar nuevas amigas, pero estas no pertenecen al colegio así que tuve que ir sola, aunque eso sí, lo hice con la cabeza bien alta y adornando un poco algunos datos de mi vida. Poca cosa: mi casa, mi cargo, mis aficiones... Cuando vas a un sitio así no sabes lo que te puedes encontrar, hay que estar muy preparado para según qué situaciones y eso hice yo. Una semana antes empecé a pensar en un plan genial, y lo más importante, a aprendérmelo para que no quedaran cabos sueltos y que no hubiera desfases cronológicos por si alguien me preguntaba. El problema es que nadie me preguntó. Todo el mundo quería hablar y los que habían sido los populares y captado la atención en el pasado, la seguían captando ahora, así que mi maravillosa vida solo interesó a un par de personas. Y creo que interesar es ser muy generosa.

— ¿Cómo te llamas? - me preguntó Sonia, la tía más horrosa de mi curso. Lo digo en plan sarcástico.

—Lucía - dije envidiando su pelo.

— ¡Ah, es verdad! - me dio dos besos y se fue. Creo que no supo quién era, pero tampoco me importa demasiado. Soy una

mujer adulta, responsable y con grandes obligaciones laborales, estoy muy por encima de todo esto (me repito una y otra vez).

Verdaderamente, no sé si es que soy especial, pero pude identificar a la mayoría de las personas que había en esa cena. Creo que yo no fui fácilmente identificada, aunque no porque hubiera cambiado mucho sino porque nadie se fijaba en mí entonces por lo que poca referencia tenían de mí.

Después de mi baño de realidad con Sonia vi al chico más guapo de mi curso, Alberto. Seguía teniendo la misma mirada, aunque ahora era más atractivo, con el pelo un poco más largo y con la típica barba de tres días que a las mujeres nos encanta. ¡Me quería morir! Estuve no sé cuántos años enamorada de él, era el chico perfecto: listo, simpático, guapo... En fin, era Alberto Segovia. Iba justo delante de mí en la lista de clase: Marta Rodríguez, Lucía Santiso y Alberto Segovia. Era un ser perfecto. Como él no creo que hubiera ninguno más. Poca gente reúne tantas cualidades sin ser un imbécil y él, puedo asegurar, no lo era. Ciertamente, nunca me hizo demasiado caso, pero tengo que decir que tampoco me ignoró de la forma que lo hizo Sonia, por ejemplo. Era un dios en la tierra, era perfecto, era... el novio de Sonia durante un tiempo. No sé cuánto exactamente. Recuerdo que el día que me enteré no me afectó demasiado porque pensé dos cosas: no durarán (porque ella es imbécil) y en mí, igualmente, no se habría fijado. Así que simplemente fue un acontecimiento más en mi vida escolar. Al cabo de un tiempo lo dejaron y Sonia empezó a salir con el verdadero imbécil de clase, Esteban, al que, por cierto, no recuerdo haber visto ayer.

Vuelven a llamar al teléfono, otra vez.

— ¿Lucía? – pregunta una voz angelical.

— Sí, soy yo. ¡Ya sabes que en mi casa solo vivo yo!

Es Clara, una de mis mejores amigas.

— ¿Cómo fue la cena anoche? No habré interrumpido algo, ¿verdad? – pregunta sabiendo la respuesta de antemano.

— Claro que no. A no ser que haya alguien escondido debajo de mi cama, deja que mire...

— ¡Va, cuéntame algo! – sigue insistiendo.

— Pues no pasó nada, Clara. Cenamos, charlamos, nos dimos los teléfonos... - empiezo a pensar.

— Sí...

— Espera, yo hablé con alguien sobre mi trabajo y no sé por qué, le di mi teléfono. – le digo nerviosa.

— Ah, pues no sé. ¿Recuerdas algo más?

Empiezo a pensar y aparece una imagen lamentable en mi mente. Alberto. Por alguna razón estuve hablando con semejante Adonis durante un rato y al final de la conversación, nos dimos los teléfonos, pero no recuerdo cómo empezó todo.

— A lo mejor hablabais de trabajo... - sugiere Clara.

Es eso. Todo encaja. Recuerdo algo de una entrevista y de algo en común pero no estoy muy segura.

— Sí, sí... no lo recuerdo muy bien, pero era algo sobre mi edificio. – intento recordar.

Mierda. Ya me acuerdo. Alberto tiene, no sé cuándo, una entrevista de trabajo en el mismo edificio donde trabajo yo. El problema es que no fui muy sincera al describir mi cargo ni mi trabajo. Todo empezó bien. Había buenas intenciones,

intenciones limpias y claras, pero a medida que iba hablando y me iba sintiendo escuchada empecé a adornar un poco lo que es mi vida en general. Le dije que trabajaba de redactora jefa en un periódico de tirada mínimamente importante pero que iba a pedir un aumento o si no me iba porque tenía una oferta de otro periódico con más caché (absolutamente toda mentira). Entonces él me dijo que tenía una entrevista en el mismo edificio de oficinas donde estoy yo, aunque no para trabajar en el periódico sino en una empresa de renting de coches. En ese momento, la bola era demasiado grande para pararla. Mi vida no es para nada así.

Después de acabar bachillerato y con unas notas aceptables, entré en Periodismo en la universidad sin saber muy bien qué hacer. Me gustaba escribir y leer, pero después de hacer la primera clase en la universidad me di cuenta de que eso tenía muy poca importancia. Una vez metida en todo el lío, no me quise echar para atrás y seguí estudiando, aunque sólo fuera para no sentirme menos que mi hermana Ana. Al acabar la carrera, la cosa empeoró. Parece ser que no fui la única en escoger Periodismo y parece ser, también, que mi paso por la universidad fue bastante discreto así que mi expediente no fue de gran ayuda a la hora de encontrar trabajo. Después de buscar y buscar y trabajar de cosas para nada relacionadas con mis estudios, acabé en el periódico donde estoy ahora pero donde aún estoy esperando mi momento para escribir algo. Sinceramente, tengo que decir que, si me dijeran que escribiese algo, no sé qué haría; me he acostumbrado a hacer cosas sin importancia y pensar en la responsabilidad de escribir algo que alguien va